

## GOTA A GOTA

*Teresa Reilly*

Se oye el repiqueteo de la lluvia en el pálido cristal de la ventana, mientras sus entrañas se corrompen. ¿Por qué todo había acabado de ese modo? Había percibido un espejismo, una sombra, mientras se hallaba en un recoveco del cuarto, dudando entre el rechazo o la afirmativa a aquel inopinado anuncio. Este decía que el próximo viernes era la fiesta, la gran fiesta fúnebre. Tendría que acudir, era su obligación como allegada tan próxima. Sabía que formaba parte de su deber, pero quería rechazar con todas sus fuerzas aquella masacre. Y es que no podía dormir desde hacía demasiado tiempo, pensando en los pavorosos acontecimientos que sucedieron aquel martes de invierno.

Tendría que salir y desbaratar la conmensurabilidad de sus pensamientos. Arreglaría todos los percances, subsistiría con la confrontación de los hechos y sus ideas. Se agitaban lentos los días en su cuerpo, y las palabras se desfragmentaban al intentar hablar. No había contestado ni una sola llamada, únicamente recibió la carta porque sabía perfectamente su contenido, y sabía qué era lo que tendría que hacer. A pesar de que la carencia de sueño y la subsistencia de escaso alimento mellaban en su estima, se sentía inquieta, profusamente agitada y convulsa, con continuas náuseas. Ante esto no sabía cómo responder, cómo decir algo que no se hubiese dicho ya. Veía cómo lo evidente fluía a la superficie y no quedaban más tentativas que recurrir a la verdad. La fútil e insoportable verdad que corroboraría sus pesadillas, los errores acontecidos que había de olvidar para siempre.

Sí, no entendía por qué, pero ese martes lo recordaba perfectamente, se le aparecía en sus escuetas horas de sueño, produciéndole retortijones en el estómago, una súbita tempestad y un pulso acelerado que provocaban en ciertas ocasiones un conciso y ligero movimiento hacia el baño, para hacer el amago de expulsar “eso”. No entendía cómo había olvidado las palabras, las caricias, la ternura, todo aquello con lo que el fantasma se había empeñado en rodearla. La manera de susurrarle por las mañanas, de mirarla fijamente a los ojos, todo se había esfumado, y sólo quedaba el sabor amargo de aquel martes.

Seguía fustigándose día tras día, él la miraba, sus ojos no dejaban de mirarla. Recuerda que eran turquesas, o verdes... ¿Serían verdes? No, se borraba su imagen. Contemplaba el granizo, los guantes, el rostro helado, la fuerza con que el viento arrastraba los objetos. Ni tanta era, su fuerza no era equiparable a aquella, no lo era, no. Sus días de tormenta se reducían a segundos, combatía las enfermedades, resistía en la cama, se negaba a afirmarlas, mientras estaba tumbada nunca pedía ayuda, en el fondo sabía que la recibiría, sabía que iría al médico y lograría un pasaporte para su mejora. Pero ante

todos siempre negaba que estuviese enferma, aunque fuese un simple resfriado, era fuerte, podía con eso y con todo. Se enfrentaba a las discusiones con él y con todo, nunca daba su brazo a torcer, una afirmación suya era imposible de descartar, aunque muy dentro supiese lo agravante de sus interpretaciones, no podía evadirse y cambiar de opinión. Ella era demasiado fuerte como para negar una cuestión, una afirmación, todo aquel conglomerado de ficción que sacudía el polvo de su vida. Si lloraba, no lo haría delante de él, ni de nadie, tenía que demostrar su fortaleza, que todos admiraran su templanza, aunque los maremotos recorriesen sus entrañas.

El martes helado, él salía a la calle, entraba en el coche, temblaba de frío. Se iba, se marchaba de su lado, harto de la tensión entre ellos. Harto de su silencio, de la absoluta ignorancia de sus sentimientos, de sufrir la perpetua sentencia de rechazo, los arrebatos de ella, que no reaparecía hasta la mañana siguiente. La echaba demasiado de menos, no podría aguantar una noche más desconociendo el lugar dónde estaría y con quién, se hallaba en una disyuntiva que no cesaba. Deseaba que permaneciese a su lado, que su cuerpo estuviese a su lado mientras amanecía, quería susurrarle cuánto tiempo había anhelado su presencia, cuánta mella había hecho su ausencia. Las sucesivas y cada vez más tempestuosas discusiones le asfixiaban inexorablemente, no podría transcurrir un intervalo de tiempo más de ese modo. Sufría en demasía viéndola en ese estado, ya ni la incredulidad de sus palabras le importaba, sólo quería que ella reaccionase por fin, que estallase, que dijera basta. Quería ser expulsado de la vida de ella, no quería que fuese él mismo el que tuviese que hacerlo, tendría que ser ella. Y así fue, ella había de provocar aquella discusión, había de decirle que no podía soportarle a él por más tiempo, que sus palabras se las podía llevar al borde de la alcantarilla, que él era el que realmente la *engañaba*.

Las lágrimas corrieron por sus ojos como vendavales, la vorágine se dilataba más y más, tenía que huir, lejos. Lograría olvidarse de ella, aunque fuese del surco de su pelo, de las caricias, de las palabras, de sus pupilas. Y sucedió, se marchó lejos, muy lejos, allende las imágenes, la realidad. Terrible, el granizo caía abruptamente sobre la carretera, y sucedió que el viento lo acompañó, y originó desviaciones en el coche. Se acentuaba la tormenta, la sangre le hervía y el nerviosismo bullía por cada uno de sus poros. No entendía las razones, ni el por qué, ni cómo había terminado todo de aquel modo irremediable. Tan sólo le había ofrecido su amor, su vida, cualquier nimiedad para ella, tanto era lo que hizo por ella; y se fue al traste su vida, y sus sentimientos. ¿Qué era lo que le quedaba, si había perdido la totalidad de lo que tenía, por ella? Se daba cuenta de que no era suficiente con ello, que alcanzar los extremos no evitaría el fracaso. El abominable fracaso. Que aún pasado el tiempo no dilucidaría la clave del éxito, no descubriría el remedio al tajante rechazo, y tan sólo restablecía un orden de prioridades, incapaz de pensar. Nítidamente, el alcohol aparecía como primera solución, como el método para esparcir las cenizas y olvidar; a pesar de que las entrañas se retorrieran. Sin

embargo, el impacto estaba por suceder, las posibilidades de choque no habían recorrido su mente, y ocurrió. La desviación esta vez derivó en un árbol, se destrozó el coche y él pasó a ser fantasma del pasado. Que ahora ella no paraba de recordar.

Su imagen, o mejor dicho, el recuerdo de su imagen, se adentraba en sus cavilaciones. Es por eso que se dispuso a disiparlo aunque fuese parcialmente, saliendo a respirar la atmósfera de humedad tras la reciente lluvia. Se colocó la vestimenta invernal, el abrigo, las botas, e inició su paseo por la avenida. Caminaba, veía los rostros, cerraba los ojos y olía y palpaba el agua en el aire. Le gustaba su olor, no sabía a qué le recordaba, pero le producía una sensación extraña, lo percibía como al mar, distante y cercano, como estar a la orilla, con los pies rozando la arena y las olas al unísono, palpando el viento fresco. Los ojos entreabiertos atisbaban los antiguos y nuevos comercios, la muchedumbre de desconocidos, iris azules, pocos verdes, perros callejeros. Tantas cosas por las que pasaban sus ojos, y tan pocas que apreciaba, pues sólo estaba él, y él en ella. No desaparecía su fantasma, por más que predispusiera la situación para que no estuviese en ella. No lo borraba, no podía. Sus palabras retornaban a la cabeza, se entremezclaban. Y el arrepentimiento asentaba sus bases más rígidas con el tiempo que transcurría. Pero ahora tan sólo tañía de color las miradas ajenas.

Inhalaba el sonido de los pasos, el retumbar incesante de la gente, que se movía de un lado a otro, con un objetivo en la cabeza, con prisas. Muchas prisas. Por llegar a la meta, sin tener en cuenta el recorrido, con aceleración, apenas disimulando sus exasperantes y agobiantes vidas. Cuando se diesen cuenta de que estaban radicalmente perdidos había de ser demasiado tarde. Sus ojos cristalinos sondeaban hacia todo aquello que pretendiese detenerse y alzar durante un efímero lapso de tiempo una exhalación, un momento de duda, un interrogante hacia el devenir.

No, y no. Solamente persistía él, y su rostro. Ella se dispuso a hacer su rutinaria visita al bar-cafetería, a tomarse un café en la barra. Saludó con un gesto a la camarera y le pidió entre verbos inaudibles su bebida preferida a la vez que se sentaba depositando la carga sobre la silla, sus hombros, el insoportable peso de sus cavilaciones. Recorrió con la yema de los dedos la mesa hasta alcanzar el periódico del día, accidente trágico, muerte de tres personas en un coche. Puf. Rebufna mientras hace el amago de leer y evitar la evasión, oscilando entre un no poder y no querer. Y es que eran ambas cosas a la vez, tal vez no. Quizá quisiera poseer la capacidad de *poder* leer aquello sin que no estableciese lazos peligrosos con el martes, o, por otro lado, no *quería* vislumbrar la noticia, ni saber si conocía o no a los fallecidos o a algún allegado, alejarse de desgracias ajenas.

Le llega el olor y la taza al unísono, se acomoda aun más en el asiento, aparta el papel endemoniado y aquello otro, y a sorbos inhala o bebe un poco de café. También observa a sus compañeros de mesa, que fingen una sonrisa cómplice, inepta e hipócrita. Muy en el fondo, también ella se ríe, o al menos eso pretende. Se ríe de todo y todos, miserables infelices, no saben casi ni *qué es la verdadera libertad*, son apenas esclavos, sordos hasta el abismo, queriendo ver color donde hay formas, música donde hay ruido. No, no se dan cuenta de ello, y *qué bien que fingen*, incluso hasta parece que el conformismo los lleva a una especie de satisfacción inaudita. No sabe de dónde se ha desatado tal actitud, no la comprende, desde luego, pero ella no puede establecer esa misma aceptación ante lo dado, no fue suficiente con él ni con nada, las ansias de más y más eran ineludibles, cosa que seguía y seguiría sin comprender.

Al rato, paga y reanuda la marcha, recordando el próximo funeral. Las calles andan polvorientas, da la sensación de que por mucho que lloviese no se difuminaría ni un recóndito de suciedad, los pavimentos mugrientos y paredes destripadas se encogen a su alrededor. La humedad no contribuye a aclarar lo demacrado, parece que forma una amalgama pastosa y densa, inquebrantable. Continúa oyendo los ladridos, exhalando y cerrando los ojos, queriendo no invocar al fantasma otra vez más. Tendrá que proseguir, y crear otra obra de teatro, que pasase de tragedia a drama, una arrebatadora ficción. Que logre aclarar de forma lozana el brillo opaco de su mirada.

Sin contar las horas ni la cantidad de temblores que padece en la calle, retorna a su caverna, divagando sobre el algodón gris e inmenso que apreció en el cielo. Se mira en el espejo, transluciendo el reflejo de algo, *alguien*, que tenía que ser ella, el matiz de las ojeras debajo de los párpados, los labios desencajados, la mirada asfixiada, cansadísima. Sin embargo, no se reconoce, no puede ser ella, ni ese pelo ni ese rostro le pertenecen, mucho menos la palidez y la debilidad que arraigaba en aquella figura. Su risa irónica contenida se desata, empieza a atisbar un recurso para volver a ser ella. Arranca con dirección a la cocina, esparce el polvo con la manga de la chaqueta mientras busca una botella. Atrapa la primera que pilla y retorna al reflejo. Bebe, o mejor dicho, traga sin demasiados lapsos, se desbarata un mechón, se suelta el pelo, vuelve a reírse. Esta vez fue mucho más estrepitosa. Ya, ya se vuelve a ver. Cuánto llevaba de esta manera, había dejado de ser ella desde hacía mucho, y, por fin, percibía una débil y fútil luz, al fin y al cabo, preferible a la abrumadora oscuridad. Consiguió, por momentos, agarrar el recuerdo y llevárselo muy lejos, se alejaba el arrepentimiento, le decía adiós, y ella, cómo reía. No le hacía falta el espejo, así es que se quitó el arranque de escrutarse y, también, la chaqueta.

De repente, sonó el teléfono. ¿Escucharía a la voz del otro lado o no? Hizo lo mismo de siempre, lo descolgó, oyó un leve sonido en el que se pronunciaba su nombre, hizo el

amago de responder, pero se contuvo. Colgó de nuevo el teléfono. Esa voz la recordaba perfectamente, era la misma que había intentado en vano establecer una conversación días atrás, con sucesivas llamadas. Oía un tumulto a lo lejos, o tal vez estaba demasiado cerca como para distinguir la dirección de la que procedía. Permaneció de pie, intentando advertir la reacción que había de tomar ante la maraña que iba expandiéndose a su alrededor. Inquietud. La fecha estaba próxima, y todo comenzaba a tornarse gris, a asfixiarla un poco más. Se dispuso a agregarle unos tintes agridulces a la escena, escuchando una Marcha fúnebre de Frédéric Chopin, idóneo para el momento, a la vez que patético, no entendía el porqué de esa admiración la primera vez que la escuchó, cuando desconocía el sino de la muerte, y era aun más entristecedor y abrumador. No sabía -o sí y no quería reconocerlo- por qué, pero las lágrimas brotaban solas, sin desearlas. Creía que lloraba de emoción contenida, de rabia, con tan sólo oír *aquello*, o con haber escuchado aquella voz que zumbaba otra vez en sus oídos, o con la presencia del fantasma en cualquier vestigio.

Tras las habituales horas de zozobra nocturnas se acercó a la ventana y entreabrió las cortinas parsimoniosamente. Vislumbró tonos anaranjados, rojizos y celestes, entremezclados con las náuseas y los espesos algodones de la noche. Tiritaba. Seguía desconociendo la fecha y la hora, el transcurso de los días era una nimiedad insalvable, aunque esta vez debería comenzar a atribuirle importancia. Quedaban tres, quizá menos, para arrastrar el luto frente a todos, recibir un pésame tras otro, incesantemente, para exponer su agradecimiento fingido y sufrimiento. Entonces, se dirigió al frente de su armario, visualizó el caos reinante, la puerta desvencijada, los papeles, vasos de cristal desparramados, la ropa sucia, el abismo de la cama desordenada, y reflejó el pequeño percance en su rostro. Tras haber esquivado los obstáculos y abrir la puerta, miró el interior, había faldas, camisas, suéteres, chaquetas, pantalones esparcidos por doquier, de todos los colores, excepto cálidos, que la tentaban a reconstruir, a destruir aquella anarquía. Rebuscó largo tiempo, pretendiendo hallar un vestido, de tono preferiblemente negro, precisamente para ... El desatino y la angustia le provocaban un nudo en la garganta, así pues lo encontró y con acritud se lo probó. Fue -otra vez más- al espejo, vio cómo el traje ya no se le ceñía al cuerpo, cómo había perdido notablemente peso, así como las ganas de comer, es más, no se alimentaba por necesidad, sino por inercia, rutinariamente, casi por evitarle mayores tragedias a su reducida lista de parientes y amigos.

Retornaba el repiqueteo en los cristales de la lluvia, como queriendo devolverla a la realidad. Ya no percibía más salidas, comenzaba a enredarse la soga en el cuello, la tela se reducía a cada segundo, tendría que emplear algún recurso. Le sonrió hipócritamente al reflejo -y para sus adentros al fantasma- una vez que estuvo completamente vestida para salir a la calle. El insomnio perpetuo rezumaba por los poros de la piel, ya estaba habituada, aunque sabía que los destellos ilusorios se palparían en demasía cuando

intentase comunicarse con otros. El agua corría a cántaros, descendía exacerbadamente de las nubes, la atmósfera estaba congelada, pero no se trajo consigo el paraguas, por lo que su pelo y rostro acabaron plenamente empapados. No atisbaba nada más que un insignificante inconveniente a la hora del encuentro.

Halló el camino hasta la estación mientras rememoraba en el transcurso la dirección, su voz le retumbaba y pedía a gritos y exhalaciones entrecortadas que sus rostros se escrutasen. Había de llegar hasta el entramado de las palabras acalladas por el silencio y los exabruptos. Encontró el lugar polvoriento, con la mugre en las persianas y puertas, pero irremediamente hogareño, emergiendo un calor apabullante. Así que se dispuso a tocar el timbre, sin haber avisado de la llegada, creía que el contendiente estaría ahí esperándola, que siempre la habría esperado, a pesar de que las náuseas se prolongaran. Justo un momento antes de rozar con las yemas el botón, se detuvo en seco, paralizada, de nuevo, los pensamientos la trasladaban a la vorágine, ¿qué hacía realmente ahí? ¿Por qué la tentación le había ganado al arrepentimiento? Terminó retrocediendo, retractándose del acto que estaba a punto de cometer, cuando, ilusoriamente creyó atisbar un resquicio de luz tras las persianas, no había sido más que ficción. Inició el retorno.

Inhalaba la humedad a la par que se alejaba del sitio, entrecerrando los párpados lisonjeramente, a ratos, vagando casi en zigzag, sin percatarse de que un rostro la seguía, que la había estado persiguiendo desde hacía breves minutos. Cuando ella casualmente se detuvo, premeditando por dónde se deslizaría ahora la vertiente, percibió una respiración a sus espaldas, casi pegada a ella. La voz le susurró al oído palabras apenas audibles que le produjeron un repentino sobresalto. Se giró torpemente y le visualizó, su apacible y amortiguado recibimiento le había reportado una convulsión súbita que dejó su mente y reflexiones agujijoneantes como un papel en blanco, radicalmente limpio, sin esquinas dobladas ni trazas de bolígrafo. Ella expulsó una respiración profusa, intensa, quería expulsar y vomitar ese silencio por el que se desvelaba, pretendiendo hablar y explayarse reiteradamente hasta el infinito, incluso derramar algún que otro arrebato contenido, un grito, demasiadas lágrimas, continuos sollozos. Pero simplemente le salió un hilo de voz cuando realizó el amago de conversar. Su antiguo amigo -y quizá algo más- la llevó a su casa, percatándose de su lamentable estado le ofreció algo de beber y de comida, intentaba sonsacarle alguna sonrisa o algo que no fuese una leve afirmación o amarga negativa, y sin embargo, sabía que sería un fútil intento. Qué absurdo. Ambos sentían que no pintaban nada allí, el silencio se acentuaba. Al final, tras escuetos minutos de conversación y momentos de tensión, prorrumpió en lágrimas y recibió el abrazo que tanto echaba en falta.

Aun con todo, ella no permaneció demasiado tiempo allí, a pesar de su insistencia, seguía corriendo el agua con vigorosidad por el río. Retorno al infierno, que había amainado ligeramente con esa presencia, ya tan lejana, transportada a un pasado hartamente remoto. Sonaba en su cabeza un Concierto para piano número dos de Rachmaninoff, retumbaban los martillazos del piano, una y otra vez. Anocheceía cuando sacó las llaves de su particular infierno, se desplomó ante el sofá, observando exhaustivamente eso en lo que había derivado su vida. Así, inmóvil, haciendo todo y nada, tan sólo maniobraba su cabeza, que hacía girar la ruleta, a derecha, izquierda, hacia lo impredecible, dejó que transcurriesen los días restantes para el acontecimiento.

El día ansiado, reconcomido por sus exhalaciones, la gran fiesta fúnebre, había llegado. Le tocaba el luto, bajo su cama, tras las persianas, sobre la mesa, en sus pupilas, en sus entrañas. Arrebatadamente, se sacudió el traje negro una vez puesto, no recurrió a su reflejo más que para llevar a cabo la tarea -ya tan cansina, acabada- de aplicarse el maquillaje, leves dosis. Si faltaba algo más, lo ignoraba, tan sólo deseaba que pasara ese día, con la misma vehemencia con que quería retornar al pasado. Desterraba siempre el futuro, ignoraba el presente, y se anclaba en el pasado, siendo su instinto de supervivencia el último recurso para hacer derivar los acontecimientos.

Salió. Para incurrir entre la multitud de familiares y amigos, recibir un tumulto de lamentos. Cuando ya había llegado, la gratitud y sosiego se entremezclaron en una agria amalgama. Prorrumpieron las lágrimas ajenas, y las propias, inclusive el cielo iniciaba las suyas. Hasta se escuchaban relámpagos a lo lejos, la gente se esparcía y los invitados decrecían por segundos. Una tormenta parecía a punto de reventar, huían despavoridos, las gotas caían a borbotones, terminó quedándose sola, con el sabor áspero de la muerte, a la vez que levemente se imprimía una sonrisa en el rostro. Se marchó, por fin, el fantasma, se había ido él de su cabeza, por un segundo, la aceptación de su repentina ida hacía mella en sus divagaciones, al menos, lo había hecho durante el acto, mientras las miradas apenadas la escrutaban, le decían palabras de aliento, le servían de hábito para continuar. Sí, se alimentaba del agua y de los truenos que descendían, completamente empapada, se deslizó hasta la avenida.

El fantasma reaparecía otra vez, las puñaladas le escocían, otra vez, la risa opaca fue expulsada. Tomó en exceso sorbos de agua y viento, el mareo le zumbaba en los tímpanos, las calles aparentaban abatimiento, estaban desoladas. Se sentó, un momento, en un banco cercano a sus tinieblas. Apoyó los pies sobre el mismo, se colocó en posición fetal, anclando su mirada en las rodillas y destellos súbitos, y se dispuso, así, de ese modo, a contar el número de pies que se arrastrarían por el asfalto.